

El crimen de los héroes. Sobre la actualidad de la memoria del bombardeo de Dresde

*The crime of heroes.
About the present relevance of the memory of Dresden's bombing*

Leandro Carbón¹

Universidad de Buenos Aires;
Universidad del Estado de Santa Catarina
Florianópolis, Santa Catarina, Brasil
<https://orcid.org/0009-0006-0648-8774>
leandrocarbon@gmail.com

Sumario: 1. Introducción. 2. La posguerra. 3. De los años ´70 al fin de la Guerra Fría 4. El fin de la Guerra Fría. 5. La guerra total. 6. Memorias en lucha: de Dresde a Gaza. 7. Conclusiones.

Resumen: El presente trabajo analiza las razones históricas, políticas y culturales que explican el silencio en torno a la memoria del bombardeo de Dresde y su imposibilidad de encontrar condiciones de audibilidad social en el relato colectivo del pasado alemán. A partir de una metodología que combina el análisis histórico con los aportes teóricos al campo de la memoria desarrollados por Halbwachs, Jelin, Pollak y Robin, se examinan

¹ Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Historia por la Universidade do Estado de Santa Catarina. Docente auxiliar de la cátedra de Teoria da História III (FAED-UdeSC). Miembro del Forum Teorias do Tempo Presente (FAED-UdeSC).

los distintos contextos nacionales y períodos políticos, desde la posguerra hasta la actualidad. Se concluye que el silencio en torno a Dresde responde a marcos sociales y políticos que legitimaron la narrativa heroica de los aliados y silenciaron el sufrimiento de los civiles alemanes durante los bombardeos ordenados en los últimos meses de la guerra. Finalmente, el paralelismo con la situación actual en Gaza pone de relieve la vigencia del problema de las voces que buscan reconocimiento fuera de los consensos hegemónicos.

Palabras Clave: Memoria – Guerra Total – Audibilidad social

Abstract: This paper analyzes the historical, political, and cultural reasons that explain the silence surrounding the memory of the bombing of Dresden and its inability to find conditions of social audibility within the collective narrative of Germany's past. Drawing on a methodology that combines historical analysis with the theoretical contributions to the field of memory studies developed by Halbwachs, Jelin, Pollak, and Robin, it examines the different national contexts and political periods from the postwar era to the present. The paper concludes that the silence surrounding Dresden stems from social and political frameworks that legitimized the Allies' heroic narrative while silencing the suffering of German civilians during the bombings ordered in the final months of the war. Finally, the parallel with the current situation in Gaza highlights the continuing relevance of the problem of voices seeking recognition beyond hegemonic consensus.

Keywords: Memory – Total War – Social audibility

Cita sugerida: Carbón, Leandro. (2025). El crimen de los héroes. Sobre la actualidad de la memoria del bombardeo de Dresde. *Revista de Historia Universal*, 32, 17-38.

1. Introducción

Conocida popularmente como “la Florencia del Elba”, por la belleza de su arquitectura barroca, Dresde, capital del Estado libre de Sajonia, en la zona oriental de Alemania, era también un centro de actividad cultural de enorme riqueza antes de la guerra.

Ostentaba, desde principios del siglo XVIII, una intensa vida cultural, comparable a la de capitales como Viena o París, gracias a una corte que patrocinaba la música, el teatro, la pintura y las ciencias, lo que la había convertido en un polo de atracción para músicos y artistas de toda Europa. Su destrucción significó no sólo una tragedia en términos humanos sino también culturales.

Dos fueron los motivos por los que la RAF decidió atacar la capital sajona, que hasta comienzos de 1945 había sobrevivido sin mayores daños a los bombardeos aliados. El primero estaba vinculado a su supuesta relevancia militar, ya que sus fábricas colaboraban de manera auxiliar con el esfuerzo bélico alemán. Destruir esa capacidad productiva permitiría socavar el potencial de combate alemán y evitar bajas de soldados aliados, que inevitablemente se producirían en combates urbanos contra un enemigo bien atrincherado y familiarizado con el terreno.

El segundo motivo tenía relación con la importancia logística de Dresde, pues por ella pasaba un importante nudo ferroviario que la convertía en una zona fundamental para el tránsito de las tropas que marchaban al frente oriental a intentar contener el avance ruso. Agilizar ese avance constituía, en cambio, un objetivo militar y diplomático para Churchill y Roosevelt que, en la Conferencia de Yalta, celebrada tres días antes del ataque, se habían comprometido con Stalin a iniciar una serie de bombardeos sobre las ciudades del este alemán para colaborar con el esfuerzo soviético.

Sin embargo, resulta cuanto menos paradójico –si aceptamos la importancia de la ciudad como polo industrial- que la planificación del bombardeo excluyera casi por completo las zonas fabriles y se concentrara en las residenciales. Es también difícil explicar por qué, luego de arrojar siete mil toneladas de

bombas, los enlaces ferroviarios –segundo motivo del ataque- no fueron alcanzados en grado suficiente como para afectar el traslado de tropas. Al respecto, Max Hastings (2005) advierte que “apenas hicieron falta dos días para que los trenes volvieran a recorrer la población” (p. 522).

Tampoco parecen haber estado entre las prioridades de la RAF las vidas de los soldados estadounidenses, británicos y canadienses que se hallaban repartidos en campos de prisioneros de guerra por toda Alemania². Tal vez el único motivo real por el cual la guerra aérea continuó hasta la capitulación germana haya sido la voluntad de los aliados occidentales de demostrar a Stalin su capacidad militar, habida cuenta de que la inminente derrota del adversario común ya perfilaba el fin de la alianza con la URSS y el comienzo del conflicto bipolar.

Pero independientemente de la cuestión militar, tras el fin de la guerra los sobrevivientes del bombardeo de Dresde mantuvieron un hermético silencio en torno a su experiencia, que permaneció confinada al ámbito privado al no encontrar otro espacio para expresarse. Es en este punto que identificamos dos cuestiones sintomáticas. En primer lugar, como señalan Regine Robin (2012) y Michael Pollak (2006), la circulación pública de testimonios sobre experiencias límite depende de que exista una voluntad de escucha para los mismos. ¿Por qué, entonces, no existen condiciones de audibilidad social para una memoria de este tipo? En segundo lugar, si como sostiene Elizabeth Jelin (2002), la memoria constituye un espacio de lucha política en torno a la

² En los alrededores de Dresde existían once campos de prisioneros de guerra aliados que reunían una población total estimada en 26.000, entre soldados y oficiales.

interpretación del pasado, ¿qué circunstancias políticas favorecieron el silencio de las víctimas del bombardeo de Dresde tras el fin de la guerra? ¿Existen en la actualidad casos semejantes? Será a partir de estos interrogantes que intentaremos orientar nuestra labor, indagando también en los mecanismos de producción de silencio que se repiten en conflictos contemporáneos, tomando como ejemplo el caso de la Franja de Gaza, que desde finales de 2023 ha sido sometida a una campaña de bombardeos constante por parte de Israel, y que a pesar de haber sido denunciada por organizaciones humanitarias en reiteradas ocasiones, pone en evidencia cómo ciertas voces –las de las víctimas civiles– son sistemáticamente excluidas de los consensos narrativos dominantes.

2. La posguerra

En la Alemania de la inmediata posguerra, en la que todos los esfuerzos de la población se encontraban enfocados en la reconstrucción nacional, no hubo espacio para debatir si los bombardeos a poblaciones civiles que los aliados habían llevado adelante hasta el final del conflicto eran o no justificables. Al respecto, el escritor alemán W. G. Sebald (2003) llama la atención sobre el hecho de que,

La cuestión de cómo y por qué el plan de una guerra de bombardeo ilimitado (...) podía justificarse estratégica o moralmente, nunca fue en Alemania, que yo sepa, en los decenios que siguieron a 1945, objeto de un debate público, sobre todo porque un pueblo que había asesinado y maltratado a muerte en los campos a millones de seres humanos no podía pedir cuentas a las potencias vencedoras de la lógica político-militar que dictó la destrucción de las ciudades alemanas. Además, no puede excluirse que no pocos de los afectados por los ataques aéreos (...)

vieran los gigantescos incendios, a pesar de toda su cólera impotentemente obstinada contra tan evidente locura, como un castigo merecido o incluso como un acto de revancha de una instancia más alta con la que no había discusión posible. (p. 23)

Sebald identifica los sentimientos de culpa y vergüenza por el exterminio en los campos, y la sensación de merecimiento ante el castigo infligido, como los motivos que habrían conducido al enmudecimiento de la sociedad alemana de posguerra. No evocar lo acontecido habría permitido eludir el tema de la culpa compartida –aún latente detrás del sufrimiento por la derrota– devenida en condena implícita. Así lo retrata el escritor estadounidense Kurt Vonnegut, quien luego de haber sobrevivido al bombardeo de Dresde, donde se encontraba en calidad de prisionero de guerra, publica su novela *Matadero Cinco*. En esta notable obra de la literatura antibélica, mezcla de ciencia ficción y autobiografía, Vonnegut (2015) dedica un pasaje a retratar cómo el mero esbozo de una memoria disonante acerca del bombardeo de la ciudad no encuentra condiciones para ser escuchada, ni siquiera cuando proviene de un soldado que combatió al nazismo,

En cierta ocasión, en un cóctel, me encontré con un profesor de la Universidad de Chicago y le conté el bombardeo tal como yo lo había visto. También le hablé del libro que pensaba escribir. El profesor, que era miembro de una cosa que se llamaba Comité del Pensamiento Social, me habló de los campos de concentración, de cómo los alemanes habían hecho jabón y velas con la grasa de los judíos muertos..., etc.

Lo único que pude decir fue:

-Lo sé, lo sé, lo sé. (pp. 16-17)

Más allá de si se trata de un hecho totalmente ficticio o de la incorporación estetizada de una vivencia del autor, este pasaje de la novela constituye un verosímil crítico, pues representa un

sentido común compartido en relación al ataque aéreo a poblaciones civiles durante la guerra: excesivo o no, el uso de la fuerza por los aliados es visto como una respuesta al horror nazi y, por lo tanto, legítimo e incomparable en magnitud con este. En última instancia se trata del empleo de medios desagradables pero forzados por la situación histórica. En este contexto resultaba difícil para las víctimas romper el silencio.

Este orden de cosas imperó también en la República Democrática Alemana (RDA) a pesar de que, por su constitución como nación satélite de la Unión Soviética, las autoridades alentaron a los civiles a relatar todo lo que habían padecido a causa de las bombas arrojadas por las “potencias de la democracia”, como se las refería irónicamente. Este intento de poner en relieve los bombardeos y darles el estatuto de crímenes de guerra pretendía generar alguna forma de consenso hacia la ocupación comunista del este, al brindar un marco de expresión para que las víctimas, ahora reconocidas como tales, transmitieran su memoria de los acontecimientos. Sin embargo, esta iniciativa fracasó a causa de la ola de saqueos y violaciones cometidas por los soldados soviéticos tras la victoria, que habían clausurado toda posibilidad de acercamiento con la población.

Además, si como demostró el trabajo fundacional de Maurice Halbwachs, existen marcos sociales de la memoria que, en determinados contextos, habilitan o no su expresión (Halbwachs, 1925), podemos considerar que el recuerdo de la guerra seguía demasiado vivo aún en la sociedad alemana como para que relatos que evocaban un sufrimiento experimentado en mayor o menor medida por toda la población, pudieran conquistar un espacio en la opinión pública, como sucedió, por ejemplo, con el

rechazo a la novela *Represalia*, de Gert Ledig, publicada en 1956. Al respecto, es nuevamente Sebald (2003) quien advierte que

(...) Represalia, donde Ledig, en agitado staccato sigue en una ciudad innominada distintos sucesos durante un ataque aéreo de una hora de duración, es por completo un libro dirigido contra las últimas ilusiones, con el que Ledig tenía que caer en el fuera de juego literario. Se habla del horrible final de un grupo de ayudantes de artillería antiaérea que apenas han rebasado la infancia, de un sacerdote que se ha vuelto ateo, de los excesos de un pelotón de soldados altamente alcoholizados, de violación, asesinato y suicidio y, una y otra vez, de la tortura del cuerpo humano... (p. 103)

Ese “fuera de juego” en el que cae Ledig pone de manifiesto no sólo la reluctancia de la sociedad germana a rememorar el horror de los meses finales de cruentos combates e incesantes bombardeos, sino también el temor generalizado a la descomposición del entramado social que había significado el final de la guerra. En ese proceso de construcción del nuevo orden no existía una voluntad pública de dar lugar a narraciones que reactualizaran aquel clima de caos y barbarie frente al cual incluso la ocupación soviética resultaba preferible.

Tampoco el período del milagro económico de los años '50 y '60, experimentado por la República Federal Alemana, proporcionó mejores perspectivas de cambio en este *status quo*. En parte, esto se debió a que el gobierno de Konrad Adenauer (1949-1963) fomentó la alianza con Estados Unidos y la reconciliación con Francia –lo que posibilitó el rearme del ejército alemán y su integración en la OTAN en 1954, así como el ingreso de la RFA en la Comunidad Económica Europea en 1958– y creó las condiciones para un progreso material que hizo las veces de barrera de contención de ese pasado de anarquía, muerte y

miseria generalizada que se quería dejar atrás. El nuevo bienestar económico parecía exorcizar los sufrimientos del pasado, como si de una pesadilla se hubiese tratado.

3. De los años ´70 al fin de la Guerra Fría

Otro aspecto que profundizó el silencio de las víctimas de la guerra aérea fue la centralidad que alcanzó la *Shoá* como lugar de memoria hacia comienzos de los años setentas. Como resultado del conflicto árabe israelí, –que estalló en octubre de 1973, cuando la coalición conformada por Siria y Egipto atacó sorpresivamente durante *Yom Kipur*, el día más sagrado de la tradición judía, las posiciones israelíes en los territorios conquistados– la *American Israel Public Affairs Committee* (AIPAC) concentró sus esfuerzos en lograr apoyo internacional para el Estado de Israel. Al respecto, Susan Watkins (2025) afirma que el principal objetivo de esta campaña era garantizar especialmente el respaldo de Estados Unidos,

A partir de mediados de los años ´70, con un efecto acumulativo, los líderes judíos montaron una campaña política y organizativa sin precedentes para reestructurar la AIPAC y sus organizaciones hermanas con el fin de consolidar el apoyo a Israel en el Congreso, el Ejecutivo, el mundo de los think tanks y los medios de comunicación, respaldada por la infraestructura cultural de una nueva forma de memorialismo del Holocausto, que equiparaba cualquier crítica a Israel con el inicio de un nuevo judeocidio. (p.6). [Traducción propia]

De este período data la publicación (y en algunos casos la reedición) de relatos autobiográficos de los sobrevivientes de la *Shoá*, que contribuyeron a reactualizar el problema y a producir las condiciones de sensibilidad social para la expresión de esas

memorias hasta entonces silenciadas. Así, libros como *Si esto es un hombre*, de Primo Levi o *La noche*, de Elie Wiesel, (escritos en 1947 y 1958 respectivamente, pero que habían pasado desapercibidos en la época en que fueron publicados) comenzaron a formar parte del debate público sobre el Holocausto.

En ese nuevo contexto se tornaba prácticamente imposible que las referencias a los sufrimientos de los civiles alemanes durante la guerra alcanzaran algún tipo de recepción, pues plantear esa discusión implicaba no sólo caer en el terreno de la incorrección política sino correr el riesgo de ser considerado un nostálgico del nazismo.

Durante este período, por lo tanto, la memoria de los civiles de Dresde permaneció silenciada y rodeada de un halo de ilegitimidad intrínseca. Un sentido común aceptado por los propios alemanes había cristalizado y dictaba que las únicas víctimas de pleno derecho pertenecían al bando aliado, al pueblo judío o a las minorías perseguidas por el nazismo. No había lugar para objeciones o preguntas que cuestionaran ese consenso, como, por caso, si los niños en edad preescolar debían ser considerados tan victimarios como sus padres.

De todas formas, el recuerdo del horror siguió acompañando a los sobrevivientes, por lo que el bombardeo de la ciudad se fue transformando en una memoria que permaneció recluida en el seno de la familia y en los círculos íntimos al no encontrar las condiciones suficientes para prosperar fuera de ellos.

4. El fin de la Guerra Fría

Hacia mediados de la década del ochenta, en el ocaso de la Guerra Fría, el pasado alemán comenzó a experimentar un proceso de

resignificación. El evento inaugural de esta etapa lo constituyó el artículo de Ernst Nolte publicado en junio de 1986 en el *Allgemeine Frankfurter Zeitung*, que se titulaba sugestivamente “el pasado que no quiere pasar”. A raíz de esta intervención pública se produjo un debate que nucleó a los historiadores alemanes –y del que participaron algunos especialistas extranjeros también– en torno a la pregunta por el significado que la época nacionalsocialista había tenido para Alemania. El *Historikerstreit*, como se lo conoce desde entonces, marcó el comienzo de una nueva fase en la elaboración del pasado nacional.

De acuerdo con Nolte, habría sido el universalismo de la Unión soviética –cuya piedra angular, el marxismo-leninismo, privilegiaba los enfrentamientos de clase por sobre las fronteras nacionales– el catalizador del dogmatismo nazi de la “raza aria”, por lo que el mismo debía ser comprendido como una reacción al clasismo bolchevique más que como una ideología creada *ex nihilo*. A esta postura adhirieron historiadores como Andreas Hillgruber (1986), quien reivindicaba la lucha de los ejércitos alemanes frente al avance soviético. Según este enfoque era imprescindible, para comprender el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, que el historiador se identificase con la gesta patriótica de los soldados alemanes que defendían las fronteras de su nación contra la venganza del Ejército Rojo. Las atrocidades de la ocupación rusa posterior a la guerra eran expuestas por Hillgruber como la prueba de que los excesos nazis no habrían sido sino una forma de combatir la barbarie rusa con medidas radicales forzadas por el contexto de época. De este modo, la responsabilidad alemana por los crímenes cometidos quedaba diluida en la historia al ser factores externos los que habrían obligado a actuar por defecto y no una voluntad *ex profeso* de

llevar a cabo el exterminio sistemático de poblaciones consideradas “racialmente inferiores”.

En un contexto en que el ocaso del poder soviético contrastaba con la preeminencia económica y social de la Alemania Federal, estas intervenciones significaban una reapropiación del pasado totalitario en clave de respuesta al avance del estalinismo sobre el occidente europeo, algo que según esta interpretación habría constituido una amenaza real.

Aunque el debate iniciado por la intervención de Nolte pareció operar un cambio en la relación con el pasado nacionalsocialista luego de décadas de silencio, la disputa, como se desprende de lo anterior, giró en torno a si podían reinterpretarse algunos aspectos del nazismo como forma de reacción contra el bolchevismo, a pesar de la atrocidad de sus crímenes. En este nuevo escenario el foco de la mirada acerca de los padecimientos de la población civil alemana quedó circunscripto a la ocupación soviética de posguerra. Esto habilitó un espacio para que comenzaran a ser escuchados los testimonios de las víctimas de los crímenes rusos cometidos tras la rendición, la mayoría de los cuales se concentró en el relato de las violaciones masivas de mujeres, los asesinatos sumarios perpetrados por comisarios políticos del Ejército Rojo y el saqueo generalizado, que empezaron a funcionar como evidencia del horror al que el bolchevismo había sometido a la población civil luego de la derrota.

En ese nuevo marco de disputa por la memoria, las alusiones a una barbarie angloestadounidense expresada a través del bombardeo ilimitado de poblaciones civiles, comenzaron a formar parte de los discursos políticos de la derecha nacionalista (y de algunos grupos de extrema derecha), cuyo objetivo era demostrar

que, durante la guerra, las atrocidades habían estado a la orden del día y que lejos de haber constituido un monopolio alemán, habrían sido perpetradas incluso por los celebrados regímenes democráticos de Churchill y Roosevelt.

Una vez más la situación resultaba sumamente adversa para que la memoria de lo ocurrido en Dresde pudiera encontrar un espacio para expresarse. Mientras que en los años setentas disputar el terreno de la memoria implicaba entrar en liza con el relato de los sobrevivientes de los campos de concentración, víctimas por antonomasia del nazismo, en los años ochenta significaba favorecer, aunque fuera de manera indirecta, las reinterpretaciones nacionalistas de la historia. Y si en el primer caso se corría el riesgo de ser acusado de filonazi por intentar reconocer el sufrimiento de los civiles a merced de los bombardeos aliados, –incluso si ello no implicaba negar el de los deportados a los campos– en el segundo se afrontaba el peligro de legitimar argumentos utilizados por una corriente revisionista dentro de la cual se contaban algunos exponentes del negacionismo. Los dos caminos conducían eventualmente a Roma.

Tras la caída del muro de Berlín y la posterior disolución de la Unión Soviética, el proceso de unificación de las dos Alemanias se produjo con gran celeridad y, como había sucedido en los años de la inmediata posguerra con la reconstrucción material del país, una nueva gran empresa nacional surgió en el horizonte. Esto dejaba poco espacio para una memoria que removiera aquel pasado ya muy lejano tanto en el tiempo cuanto en las prioridades de la nueva sociedad, por entonces mucho más atenta al desarrollo del Mundial de Fútbol de 1990. En ese contexto, la victoria de la selección de Alemania Occidental en la Copa disputada en Italia fue celebrada como un gran triunfo nacional,

excediendo el ámbito deportivo y reforzando la consolidación del nuevo entramado social que comenzaba a forjarse.

El posterior derrumbe del bloque socialista abrió paso a un nuevo orden mundial, basado en la hegemonía neoliberal expresada en el Consenso de Washington y la narrativa del fin de la historia. Este paradigma resultó coadyuvante del proceso de soterramiento de memorias discordantes, pues en el nuevo mundo purgado del “mal” que había encarnado el comunismo, el triunfo correspondía al horizonte de expectativas de la sociedad de libre mercado, que demandaba “mirar hacia adelante” y olvidar el pasado traumático de guerras mundiales y conflicto bipolar. Nuevamente, el contexto resultaba esquivo para que las referencias a Dresde como exceso, crimen de guerra o venganza, pudieran encontrarse con un público receptivo.

Esta situación tampoco parece haber cambiado demasiado tras el comienzo del nuevo milenio. Si tenemos en cuenta que el conflicto bipolar ya no existe, que Alemania se ha consolidado como una nación unificada y refundada a partir de ideales democráticos y que el genocidio del pueblo judío es hoy mundialmente reconocido (y ningún crimen de guerra perpetrado por los aliados podría reducir un ápice su gravedad), ¿por qué, entonces, no existieron las condiciones de audibilidad para que la memoria de las víctimas de Dresde pudiera expresarse?

5. La Guerra Total

Creemos que una de las claves para aproximarnos al fenómeno de las memorias silenciadas, tal y como se manifiesta a partir de la segunda mitad del siglo XX, debemos buscarla en la Primera Guerra Mundial. Este evento constituye una bisagra en la historia por haber constituido la génesis de la “guerra total”, una forma de

conducir el conflicto que se basa en el esfuerzo integral de una nación con el objetivo, de ser necesario, de exterminar completamente a otra. Y es justamente porque se trata de una guerra de masas en la que se ven involucrados tanto militares como civiles que estos últimos pasan a transformarse, por primera vez, en blanco privilegiado de las hostilidades.

Este paradigma no ha dejado de evolucionar desde 1914, algo que puede constatarse fácilmente en la actualidad: las “armas de destrucción masiva” que se mencionan a menudo en los medios de comunicación de todo el mundo (y que han servido de justificación para un sinfín de invasiones y operaciones militares encubiertas) no están destinadas a destruir objetivos militares, sino principalmente a los civiles y las ciudades (los nuevos campos de combate), como lo evidencia la campaña de bombardeos permanentes que la IDF (Fuerzas de Defensa de Israel) viene llevando adelante sobre la franja de Gaza en los últimos dos años y que, asegura Raphaël van Steenberghe, (2024) “ha provocado decenas de miles de víctimas gazatíes, la destrucción de la mayoría de sus viviendas, desplazamientos masivos de población y una hambruna creciente” (p. 983). [Traducción propia].

Así, al inaugurar la era del ataque sistemático a poblaciones civiles, la Gran Guerra produjo también un cambio en las formas de la memoria, ya que una vez finalizada, los relatos de los horrores experimentados dejaron de ser monopolio de los combatientes para pasar a ser compartidos también por los civiles.

Es un hecho indiscutible que el régimen nazi, que desarrolló el sistema de misiles balísticos para arrasar Londres, que diezmó a la población soviética y que gestionó la muerte de millones de personas en campos de concentración, hizo del exterminio de

civiles uno de sus objetivos principales. No obstante, esto no resulta tan evidente cuando se intenta analizar el curso de acciones seguido por las potencias aliadas. Aceptar que también ingleses y estadounidenses hicieron de la destrucción de las ciudades alemanas (y japonesas en el caso estadounidense) un objetivo prioritario –incluso cuando algunas de estas carecían de importancia estratégica y su devastación no modificaba la ecuación militar– implica romper con uno de los pilares de la memoria de la posguerra, concretamente, que la abnegación y el heroísmo de los aliados fueron la causa fundamental de la victoria de los valores de la civilización sobre la barbarie. Poner en tensión este relato equivale también a manchar su aura heroica como protagonistas de la más grande cruzada por la libertad del siglo XX. En otras palabras, frente a este relato épico, la memoria del trauma causado por los bombardeos angloestadounidenses no encuentra un espacio de escucha para las víctimas de Dresde, como tampoco lo encuentra para las de Hamburgo o Berlín, igualmente devastadas por la guerra aérea.

Como contracara de ese silencio, los relatos de los civiles aliados encontraron desde el final del conflicto condiciones ampliamente favorables de recepción, –piénsese en los testimonios de los londinenses durante los ataques de los misiles V1 y V2– en tanto constituyán el colectivo de las víctimas por antonomasia. Del mismo modo, al poner de relieve la crueldad de los bombardeos nazis, esta memoria fortaleció la exaltación heroica de la gesta aliada, a la vez que contribuyó a soslayar un aspecto importante del problema: que la Segunda Guerra Mundial también fue una guerra total llevada adelante contra poblaciones civiles mucho más que contra militares, y que, al menos en lo que respecta a la guerra aérea, no hubo diferencias entre los medios empleados por las potencias del eje y los aliados.

En este sentido, las cifras de la devastación de las ciudades a lo largo de la contienda resultan alarmantes. De acuerdo con fuentes oficiales³, en conjunto, la RAF y la USAAF arrojaron más de un millón y medio de toneladas de bombas sobre territorio alemán. Dos millones de civiles murieron y más de medio millón sufrió los daños colaterales de los bombardeos; tres millones y medio de viviendas fueron destruidas dejando un saldo de siete millones y medio de personas sin techo luego de finalizadas las hostilidades.

Por su parte, la Unión Soviética soportó la mayor cantidad de bajas. De los casi veinticinco millones de muertos alrededor de quince corresponden a civiles. La ciudad de Leningrado fue sitiada durante casi novecientos días siguiendo los antiquísimos principios de la poliorcética, orientada a diezmar a la población a causa del hambre y la proliferación de enfermedades relacionadas a las carencias alimentarias.

Polonia y China también padecieron la guerra total. Los civiles polacos soportaron una campaña de bombardeos constante desde el comienzo de la invasión alemana, cuya finalidad era sembrar el terror entre ellos para destruirlos no sólo física sino también moralmente. A tal efecto, la *Luftwaffe* empleó estrategias como la instalación de sirenas en sus cazabombarderos para potenciar el efecto de pánico en tierra. El resultado es inquietante: cinco millones de muertos civiles y menos de medio millón de soldados. Por su parte, la población China, que desde comienzos de la década de 1930 padecía la invasión japonesa de Manchuria y que fue víctima de sanguinarias masacres, -como la de Nankín, en 1937- contaba en 1945 con un saldo de dieciséis millones de civiles

³ Todas las estadísticas fueron consultadas en la base de datos del United States Holocaust Memorial Museum, en <https://www.ushmm.org>. [Fecha de consulta 18/07/2025]

muertos, cifra que se eleva a casi veinte millones si se agregan las bajas militares.

Por último, el ejemplo que mejor ilustra nuestro argumento fue la decisión de Estados Unidos de utilizar bombas atómicas contra el acorralado y virtualmente derrotado imperio del Japón. Esa decisión encarna la lógica básica de la guerra total, pues los lanzamientos realizados contra Hiroshima y Nagasaki tuvieron como única finalidad dejar el mayor grado de devastación posible como herencia para la población enemiga. Podrían multiplicarse los datos sin variar el hecho de que del saldo total de muertos que dejó la guerra, el mayor porcentaje lo constituyó con mucho la población civil.

6. Memorias en lucha: de Dresde a Gaza

Si el concepto de “audibilidad social” (Pollak, 2006) nos ayuda a entender por qué el relato de las víctimas de Dresde no encontró eco en la esfera pública germana de posguerra, pensarla a la luz del conflicto palestino-israelí revela la vigencia de este fenómeno. En ambos casos, existe un marco narrativo hegemónico que legitima el uso de la fuerza contra civiles en nombre de una causa superior: en el primero, la lucha contra el nazismo; en el segundo, el derecho a la legítima defensa frente a los ataques de Hamas.

En este sentido, la narrativa oficial israelí se construye –y es amplificada a nivel global– sobre la base de la interpretación sionista de la historia, que según el cineasta e historiador Haim Bresheeth-Zabner, (2020) consiste en

un sistema de mitos y verdades ideológicas, con el fin de establecer una legitimidad como “movimiento de liberación” [...] En primer lugar, el sionismo coincide con el antisemitismo histórico, el enemigo mortal de los judíos. Tanto el sionismo como

el antisemitismo postulan que los judíos no pueden (y de hecho, ni siquiera deben intentarlo) vivir entre no judíos; ambos postulan que solo en un país sin goys la vida judía estará a salvo. (pp. 30-31). [Traducción propia]

Mearsheimer y Walt (2007) señalan al respecto que existe un poderoso *lobby* israelí dedicado a “influir en el discurso sobre Israel en los medios de comunicación, los *think tanks* y la academia, porque estas instituciones son fundamentales para moldear la opinión pública. Promueven esfuerzos para presentar a Israel de manera positiva y ponen considerable empeño para marginar a cualquiera que cuestione la conducta pasada o presente de Israel [...]” (p. 168) [Traducción propia]. De esta manera, la hegemonía del relato sionista en el debate público consigue instalar la idea de que los bombardeos sobre la población civil enemiga son una respuesta “proporcionada” al ataque terrorista del 7 de octubre de 2023. Por el contrario, quienes cuestionan el accionar de la IDF señalando la magnitud de la destrucción, las muertes de niños o los ataques a hospitales, son frecuentemente acusados de antisemitismo o de hacer apología del terrorismo. Como advierte Jelin (2002), la memoria es un campo de lucha política, y en esa lucha, ciertos actores tienen más poder para definir lo decible.

Al igual que ocurrió con los sobrevivientes de Dresde —cuyos padecimientos eran interpretados como un “castigo merecido”—, las voces de los gazatíes son frecuentemente deslegitimadas por un discurso de victimización que establece una jerarquía tácita: el sufrimiento palestino no puede compararse, en el espacio público occidental, con la memoria de la *Shoá*, ni con la narrativa de un Israel asediado por sus vecinos. La memoria del trauma reciente palestino compite no solo con una narrativa hegemónica poderosa, sino también con la atención limitada de una opinión

pública internacional. Así, el marco de la “guerra contra el terrorismo” funciona de modo análogo al de la “guerra contra el nazismo”: ambos operan a partir de la clausura de los espacios de audibilidad para el testimonio de las víctimas del bando al que se considera instigador de las hostilidades.

Por supuesto, no se trata de equiparar regímenes ni intenciones, sino de observar que así como la memoria de Dresde fue silenciada por la hegemonía del relato heroico aliado, en la actualidad, la población de Gaza lucha por ser considerada no como un “blanco legítimo”, sino como una sociedad civil que padece la violencia de la guerra total israelí.

7. Conclusiones

Dresde no es solo un episodio del pasado, sino también un laboratorio de problemas que se descubren vigentes en la actualidad, cuando vemos repetirse la tensión entre memorias legitimadas y memorias silenciadas: ¿quiénes tienen derecho a ser reconocidos como víctimas y quiénes quedan excluidos de ese estatuto? ¿Y cómo podemos construir hoy espacios de audibilidad para memorias que no encajan en los consensos hegemónicos, pero cuya persistencia íntima nos recuerda que toda guerra deja voces incómodas que disputan un espacio y aspiran a ser reconocidas?

La dificultad para integrar la experiencia de las víctimas de Dresde a la memoria colectiva alemana muestra hasta qué punto la narración del pasado no responde únicamente a los acontecimientos, sino también a los marcos sociales, políticos y culturales que habilitan su enunciación o la clausuran. El hecho de que el relato hegemónico sobre la Segunda Guerra Mundial girara en torno al heroísmo aliado y al genocidio perpetrado por

el nazismo implicó que el sufrimiento de los civiles de Dresde permaneciera en las sombras.

En la actualidad, encontramos un paralelismo en la persistencia de la violencia desatada por Israel en Gaza, que no puede comprenderse si no se analiza críticamente cómo opera la memoria del ataque perpetrado por Hamas el 7 de octubre de 2023, que a causa de su brutalidad y de la difusión internacional que alcanzó desde su inicio, ha sido utilizado políticamente por los partidarios del nacionalismo sionista con el doble objetivo de legitimar acciones militares contra la población gazatí, y relegar la memoria ligada a la ocupación territorial y a la opresión histórica del pueblo palestino. Frente a la contundencia visual de este episodio, la lenta y acumulativa destrucción cotidiana de Gaza lucha por encontrar un encuadre que resuene con la misma fuerza en la opinión pública.

La pregunta que sucesos como estos plantean es bajo qué condiciones esta clase de memorias pueden tornarse socialmente audibles sin ser subsumidas en los discursos del negacionismo ni en las apologías del nacionalismo chauvinista.

Bibliografía de Consulta

- Beevor, A. (2002). *Berlín. La caída*. Crítica.
- Bresheeth-Zabner, H. (2020). *An army like no other: How the Israel Defence Forces made a nation*. Verso.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Hastings, M. (2016). *Armagedón: La derrota de Alemania 1944–1945*. Crítica.

- Hillgruber, A. (1986). *Zweierlei Untergang: Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*. Siedler Verlag.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Ledig, G. (2006). *Represalia*. Minúscula.
- Mearsheimer, J., & Walt, S. (2007). *The Israel lobby and U.S. foreign policy*. Farrar, Straus and Giroux.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio: La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Robin, R. (2012). *La memoria saturada*. Walhunter.
- Sebald, W. G. (2003). *Sobre la historia natural de la destrucción*. Anagrama.
- van Steenberghe, R. (2024). The armed conflict in Gaza, and its complexity under international law: *Jus ad bellum*, *jus in bello*, and international justice. *Leiden Journal of International Law*, 37(4), 983–1017.
- <https://doi.org/10.1017/S0922156524000220>
- Vonnegut, K. (2015). *Matadero cinco o la cruzada de los niños*. Anagrama.
- Watkins, S. (2025). Israel after Fordow. *New Left Review*, 4(154), 4–14.
- <https://doi.org/10.64590/sbo>